

## Las cinco águilas blancas

**TULIO FEBRES CORDERO**  
(VENEZUELA, 1860-1938)

**C**inco águilas blancas volaban un día por el azul del firmamento; cinco águilas blancas enormes, cuyos cuerpos resplandecientes producían sombras errantes sobre los cerros y montañas.

¿Venían del Norte? ¿Venían del Sur? La tradición indígena solo dice que las cinco águilas blancas vinieron del cielo estrellado en una época muy remota.

Eran aquellos los días de Caribay, el genio de los bosques aromáticos, primera mujer entre los indios Mirripuyes, habitantes de los Andes empinados.

Era la hija del ardiente Zuhé y la pálida Chía; remedaba el canto de los pájaros, corría ligera sobre el césped como el agua cristalina, y jugaba como el viento con las flores y los árboles.

Caribay vio volar por el cielo las enormes águilas blancas, cuyas plumas brillaban a la luz del sol como láminas de plata, y quiso adornar su coraza con tan raro y espléndido plumaje. Corrió sin descanso tras las sombras errantes que las aves dibujaban en el suelo; salvó los profundos valles; subió a un monte y otro monte; llegó, al fin, fatigada a la cumbre solitaria de las montañas andinas. Las pampas, lejanas e inmensas, se divisaban por un lado; y por el otro, una escala ciclópea, jaspeada de gris y esmeralda, la escala que formaban los montes, iba por la onda azul del Coquivacoa.

Las águilas blancas se levantaron, perpendicularmente sobre aquella altura hasta perderse en el espacio. No se dibujaron más sus sombras sobre la tierra.

Entonces Caribay pasó de un risco a otro por las escarpadas sierras, regando el suelo con sus lágrimas. Invocó a Zuhé, el astro rey, y el viento se llevó sus voces. Las águilas se habían perdido de vista, y el sol se hundía ya en el ocaso.

Aterida de frío, volvió sus ojos al Oriente, e invocó a Chía, la pálida luna; y al punto detúvose el viento para hacer silencio. Brillaron las estrellas, y un vago resplandor en forma de semicírculo se dibujó en el horizonte.

Caribay rompió el augusto silencio de los páramos con un grito de admiración. La luna había aparecido, y en torno de ella volaban las cinco águilas blancas refulgentes y fantásticas. Y en tanto que



las águilas descendían majestuosamente, el genio de los bosques aromáticos, la india mitológica de los Andes moduló dulcemente sobre la altura su selvático cantar.

Las misteriosas aves revolotearon por encima de las crestas desnudas de la cordillera, y se sentaron al fin, cada una sobre un risco, clavando sus garras en la viva roca; y se quedaron inmóviles, silenciosas, con las cabezas vueltas hacia el Norte, extendidas las gigantescas alas en actitud de remontarse nuevamente al firmamento azul.

Caribay quería adornar su coraza con aquel plumaje raro y espléndido, y corrió hacia ellas para arrancarles las codiciadas plumas, pero un frío glacial entumeció sus manos: las águilas estaban petrificadas, convertidas en cinco masas enormes de

hielo.

Caribay da un grito de espanto y huye despavorida. Las águilas blancas eran un misterio, pero no un misterio pavoroso. La luna oscurece de pronto, golpea el huracán con siniestro ruido los desnudos peñascos, y las águilas blancas se despiertan.

Erízanse furiosas, y a medida que sacuden sus monstruosas alas el suelo se cubre de copos de nieve y la montaña toda se engalana con el plumaje blanco.

Este es el origen fabuloso de la Sierra Nevada de Mérida.

Las cinco águilas blancas de la tradición indígena son los cinco elevados riscos siempre cubiertos de nieve.

Las grandes y tempestuosas nevadas son el furioso despertar de las águilas; y el silbido del viento en esos días de páramo es el remedo del canto triste y monótono de Caribay, y el mito hermoso de los Andes de Venezuela.



# El castillo de caramelo

LUCILA PALACIOS

La mano blanca, la mano femenina ha tratado de salvar el castillo de azúcar. Sobre las almenas acarameladas, con apariencia de encaje, hay un soldado de porcelana. La torta de tres pisos, es tan clara, que copia las últimas luces de la fiesta. Situada como una isla, en el centro de una gran jofaina llena de agua, con su aspecto de fortaleza parece resistir el asedio de las hormigas. Esas hormigas inquietantes que

olfatean la golosina desde su mundo subterráneo. A través del túnel que abre paso a ese mundo desde el fondo de la tierra, no se acierta a descubrir la silueta de la mujer que burla el intento goloso. ¡Es tan alta, tan espigada del suelo, que los pequeños ojos no la abarcan en toda su extensión! Piensan en ella como en algo superior a las fuerzas de todo el hormiguero formado por millares de trabajadores y de guerreros de rubia coraza.

Y espían la hora de la sombra para hurgar en torno de la mesa donde hubo el banquete... Y su instinto las lleva a seguir el sendero que conduce al castillo.

Mas entre la orilla y la fortaleza de encaje de azúcar se interpone el agua. Es un agua quieta, dormida, que no se alza amenazante, que no ruge ni grita a través de las bocas abiertas de sus gotas. Pero no pueden cruzarla sin riesgo de perecer en su cristal frío, en su cristal sin vibraciones.

El hormiguero sufre escasez... En el jardín se ha llevado a cabo una innovación. Para defender las hojas y las rosas, para defender las raíces de la voracidad de otros insectos se han teñido de blanco los troncos que les sirven de base. Y aquella blancura es ponzoñosa. Mata, destruye la vida animal. Un ejército de hormigas pereció en la primera incursión. Allí se contaron por montones los guerreros de coraza dorada, segadas en lo mejor de su existir.

Si la situación no cambia, todos han de morir... Por hambre, por inanición. Las madres andan tristes con los hijos a cuestas. Los jóvenes están pálidos y ya no son tan ágiles como antes. De no tomar una decisión, dentro de poco el hormiguero quedará diezmado. A menos que se decidan a emigrar.

El objetivo es el jardín próximo, más ancho, con árboles crecidos, con arbustos y flores repletas de miel. Un jardín lleno de tentaciones donde todavía no hay escalas de muerte en los troncos, libres de la blancura venenosa. Pero que está defendido por guerreros avezados, por tremendas hormigas negras celosas de su bienestar, celosas de su reino, unas hormigas ricas de vitalidad que aún no han sufrido en sus filas el estrago del hambre, que saben descabezar y romper el

cuerpo del enemigo con sus antenas poderosas.

Y el hormiguero rubio vacila entre la alternativa.

—El castillo de azúcar, la torre de caramelo defendida por el agua inmóvil...

—¡Oh, sí!, el castillo o la guerra con las otras hormigas.

A veces la sombra ayuda. Y en este caso, ¡qué noche más bendita para el asalto! La mano blanca, la mano femenina, yace adormitada bajo sábanas tibias y olorosas. Y el soldado de porcelana es un cuerpo sin alma, sin vida, hecho para detener el vuelo de las moscas con su espadón de plata, pero incapaz de interponerse en el camino de las hormigas.

Los pequeñuelos se relamen de gusto trepados sobre la espalda de la madre. Es dulce el caramelo que aguarda en las almenas, en el artesonado calado y transparente. Nada importa que el castillo se encuentre lejos del hormiguero. Hay que emprender la marcha antes de que el alba se asome sobre los cristales de la mansión, y ponga al descubierto el castillo, el ejército y la aventura.

Y así van, entusiasmados, contentos, seguros de lograr su objetivo. Pero han olvidado que el agua quieta, el agua color de espejo, es un obstáculo que se necesita salvar.

La hora avanza y es necesario ganar tiempo. De una orilla a la otra ¡cuánta distancia! El ánimo de aquella multitud hambrienta que ha puesto sus ansias de vida en la captura de la fortaleza, se halla sobrecogido, alarmado... Los jefes deliberan, y a una voz...

—¡Voluntarios! —piden—. ¡Voluntarios!

Se destacan los suicidas. Hay que tender un puente, un puente de cuerpos y corazas para que pase el resto del

ejército. Hay muchas hormigas dispuestas para la ofrenda y el sacrificio.

Y empiezan a tenderse sobre el agua.

Es un tejido, una malla de vidas, con su cubierta de oro y sueños... Los otros, la falange nutrida de hormigas ha de llegar después, y por eso le abren el camino. Por fin se acercan. Desfilan a paso lento, con la carga de los chicuelos, y las hembras cooperan tanto como los machos. El hormiguero se mueve, anda, vive como un solo cuerpo. Cuerpo de vencedores.

Pues han logrado abordar la fortaleza. Ya algunos han trepado sobre las almenas y osan encaramarse en los hombros del arcángel de porcelana... Un arcángel de hallazgo. La porcelana se derrite, es falsa, es sólo una cosa simulada. La criatura con alas estaba hecha de pasta, de dulce, recamada de nieve y azúcar. Y los guerreros blondos celebran la hazaña, gritan su triunfo, mientras lo van desmenuzando entre sus bocas voraces.



El puente de la muerte que ha salvado al ejército, el puente de suicidas permanece rígido, tendido sobre el agua para dar paso al retorno.

De pronto el alba pone su nota indiscreta sobre la jofaina, sobre el agua que acusa el destrozo hecho en el castillo. Tiemblan los cristales bajo aquella luz azulada que envuelve en su tibieza la mano femenina que se inquieta de pronto y se sacude en el regazo de la mujer de silueta espigada.

Y una gran sombra que no aciertan a abarcar totalmente las pupilas pequeñísimas de las hormigas, una sombra inmensa cual la sombra de un dios, tan profunda como lo desconocido, se interpone entre el alba y el ejército cargado de botín que ya regresa a su mundo subterráneo... Y una voz atronadora, tremenda, apocalíptica, increpa...

—¡Las hormigas! ¡Las malditas hormigas!

La mano femenina, la blanca y cuidada mano se alzó en un ademán de protesta. Se hallaba a punto de descargar su furor sobre los invasores del castillo de caramelo. Podría destruir de un solo golpe las huestes disciplinadas, el rubio ejército que había sanado su voluntad... Podría aplastar a los habitantes del hormiguero con un movimiento de sus dedos, que en este momento parecían poseedores de los atributos de la Divinidad...

Pero la mujer de la silueta delgada y alta desconocía los móviles que guiaban el mundo en donde se movían las hormigas, sus problemas, sus razones, el por qué de aquel asalto, ni el pensamiento que dirigía aquella acción tan parecida a las acciones humanas.

Y el castillo de caramelo se deshizo en presencia de quien lo había construido sin que nada, nada estorbaba el paso de las hormigas, sin que nadie, nadie pudiera decir si habían hecho un bien o un mal...

Lucila Palacios. *Mundo en miniatura*. (Asociación de Escritores de Venezuela, Caracas - 1955)

# Cuentos de Ramón Núñez



**D**iez El bisabuelo Ramón sabía una oración poderosa: por ella podía curar males extraños y conjurar las serpientes y los encantos de los pozos y las lagunas. Por ella sabría además el día de su muerte.

Ana lo despreció siendo joven y él prometió llevársela al morir. Y Ana enviudaría tres veces y nunca tendría un hijo, y se dice que ya anciana, en su hamaca, presintió también el aviso de aquella oración.

**Ocho**

Yo la quiero para mí, así como quiero al triciclo. Pero no sé si pedirla también en la carta.

No la puedo montar en el triciclo porque es muy grande, ni la puedo poner a que me empuje porque yo lo que quiero es ver su cara, verla y verla hasta que se ría y me dé otro beso, como el de la escuela.

**Cinco**

Mi hermanita aún no sabía leer; pero hojeaba sin cesar un libro. Era de matemáticas elementales, pero ella imaginaba que era un libro de cuentos.

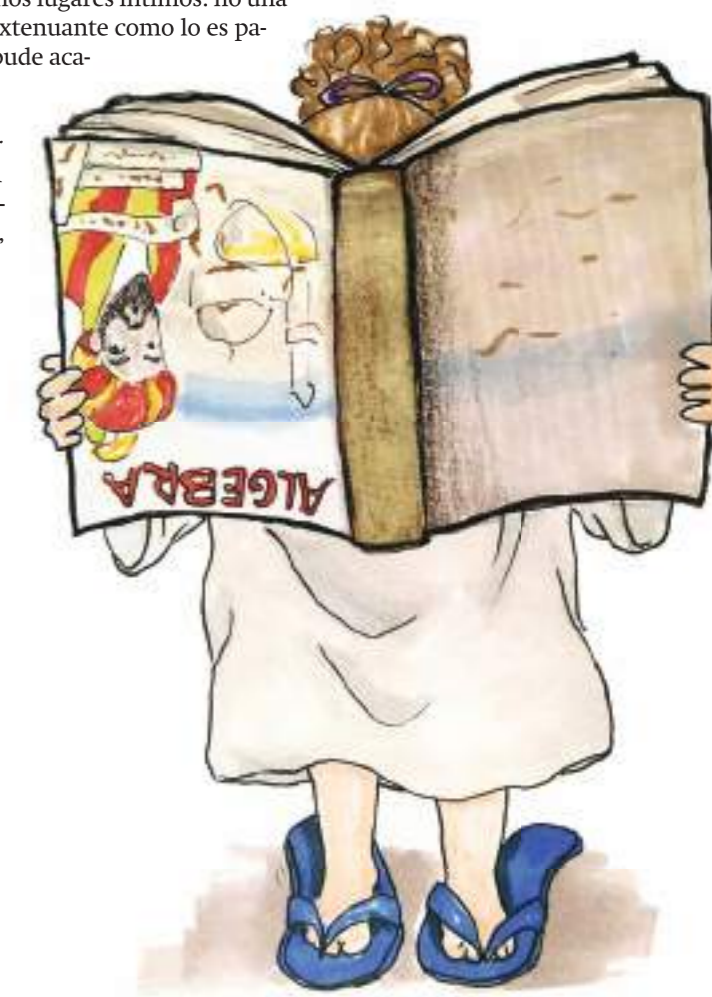
Y tuve que leerle un "cuento"; no dudé a pesar de los números: "Érase una vez", después hubo tensión y sorpresa, un inesperado final que me dejó allí perplejo: "Es verdad", balbucí. Eran cuentos, mil y uno entre cifras.

**Uno**

Me insistía: "Helena está llena de paisajes. En sus ojos encontré aquel camino al río (escapado de la escuela) y otro día la vi de espaldas y el viento descubrió su cuello, y justo allí pasé ante un portal entrañable una tarde".

Para él, era muchos lugares íntimos: no una geografía vasta y extenuante como lo es para mí, que nunca pude acabar de desnudarla.

*El hermano menor* (2000). Dirección de Cultura, Universidad de Carabobo, Valencia.



# El diente roto

**PEDRO EMILIO COLL**

**A** los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada -sin pensar.

Así de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto -sin pensar.

— El niño no está bien, Pablo -decía la madre al marido-, hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

— Señora -terminó por decir el sabio después de una largo examen-, la santidad de mi profesión me impone declarar a usted...

— ¿Qué, señor doctor de mi alma? -interrumpió la angustiada madre.

— Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible -continuó con voz misteriosa-, es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto -sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo, se citó el caso admirable del “niño prodigio” y su fama aumentó como una bomba de piel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que

voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarra-  
pado, Edison, etcétera.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto -sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y “profundo”, y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan. En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto -sin pensar.

Pasaron meses y años, y Juan Peña fue diputado, académico, ministro y estaba a punto de ser coronado presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas, y fue decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

